

servicios que los monasterios prestaron. Asentados los cimientos del edificio, otros pudieron concluirle. Los materiales estaban acopiados, y con ellos se iba edificando. Pero había llegado el siglo XVI, y España no poseía una Historia general donde pudieran estudiarse las grandes vicisitudes de su vida pública. El país insigne de las proezas, el país que la naturaleza privilegió, el suelo feraz y florido que cual otro paraíso brinda al mundo con el encanto de sus bellos dones, que en invasiones continuas ha rechazado á todos los pueblos prepotentes, oponiéndoles siempre en perseverante resistencia el valor indomable de sus hijos, no tenía un monumento histórico en que se consignasen sus glorias. Faltábale un libro cuyas páginas de oro escitasen la admiración, el aplauso, el ejemplo de propios y extraños. ¡Tanta sangre vertida, tantos laureles, condenados estaban tal vez á la oscuridad del olvido! Los sacrificios de este pueblo valiente, cuyas hazañas no tienen número, bien merecían una Historia donde se consignaran con orden y método, siquiera por la influencia que siempre tuvo en los destinos del género humano, de cuyas vicisitudes en gran parte fué alguna vez origen y causa.

El pueblo independiente, el pueblo imperterritito, el pueblo que por ochocientos años había luchado con infatigable valor contra los enemigos de su Dios y de su territorio, hasta vencerlos, prestando inefables servicios á la causa de la civilización, necesitaba ya mas que crónicas y anales; necesitaba un hombre que reuniese los abundantes materiales diseminados y formase un cuadro completo, digno de la nación que bajo el cetro glorioso de sus reyes había extendido sus dominios hasta lograr que el sol nunca se pusiese en ellos. Este hombre apareció, ¿y en dónde, señores? en el claustro.

Mariana, jesuita, es el primero y hasta hoy el único historiador de España. Antes que él habían vivido Florian de Ocampo, Morales, Zurita y Garibay; pero sus trabajos eran incompletos: distaban mucho de la obra con que enriqueció á su país el patriótico celo, el talento profundo del ilustre censor de la Biblia poliglota de Amberes. Mariana, educado en el monasterio, y que con su aplicación asombrosa había llegado á ser teólogo eminente, gran conocedor de las lenguas orientales, sabio en

política y excelente en literatura, escribió la Historia de España, y conquistó con ella en su patria el nombre de Tito Livio. ¡Justa recompensa de su mérito relevante!

Poco suponen las censuras que se han fulminado contra su obra para disminuir el valor que se le dió desde luego; y á pesar de las de Mantuano y algunos otros que, con escrupuloso análisis buscaron en ella defectos y errores, siempre será monumento de gloria para las letras españolas. La Historia general, merced á sus desvelos, quedó escrita; y Mariana, al prestar ese gran servicio á su país, le impuso un motivo mas de reconocimiento hácia las órdenes monásticas. En este nombre pudiera detenerse mi pluma: habiéndole ya escrito, podría yo crearme dispensado de continuar buscando otras pruebas de la influencia de los claustros en los progresos de la Historia; pero, señores, ¿podría pasarse en silencio, sin cometer una irreverencia imperdonable (tratándose de esta materia), el del célebre religioso agustino, autor de las obras mas importantes de nuestra literatura? Si el del P. Juan de Mariana basta para evidenciar el influjo de los claustros bajo este aspecto, la evidencia adquiere la mas brillante solemnidad, asociando al preclaro nombre del autor de nuestra Historia general el por tantos títulos célebre del P. Fray Enrique Florez, cuya vasta erudición se aplaude y admira en toda Europa, y á cuya memoria rinde el mundo civilizado una especie de culto. A su celo, á su solicitud, á su actividad se debe que el famoso códice gótico de los Sentenciarios de Tajon, tan deseado por todos los eruditos, viniese desde el célebre monasterio de San Millan de la Cogulla á la celda del diligente y docto varon que incluyó en su obra inmortal de la *España Sagrada* los becerros de escrituras, privilegios, breves, bulas pontificias, fueros de lugares, historias de muchas ciudades y villas, vidas de personajes, extractos de códices, concilios inéditos copiados á la letra, las firmas y variantes de los nueve códices góticos, genealogías de familias ilustres, inscripciones y otros muchos documentos de grande interés para la Historia. Este escritor bien merece mencion especial en mi discurso.

Todos los trabajos que debemos á su profunda inteligencia son preciosos tesoros de la

literatura del país. La Clave histórica, las Reinas Católicas, los tres tomos de Numismática española y la España Sagrada son obras de primera importancia. A vista de ellas puede repetirse mil veces, y se repetirá hasta la posteridad mas remota, lo que de su venerable autor dijo don Fernando Lopez de Cárdenas, académico de Sevilla: «El P. M. Fray Enrique Florez ha sido una de las estrellas de primera magnitud en el orbe literario.»

Tenemos, pues, cumplidamente probada la influencia de los monasterios en los progresos de la Historia.

Mariana y Florez señalan un período notable de desarrollo y mejoramiento en este género de literatura, tan descuidado en un principio, con tantas pretensiones despues. España les debe por ello un eterno homenaje de respeto y gratitud. La Historia, que Ciceron llamó maestra de los hombres, ha llegado á la altura que se encuentra con el auxilio de los infatigables varones que, desprendidos de las pasiones mundanas, veían deslizarse tranquilamente su vida en la silenciosa oscuridad, en el pacífico retraimiento del claustro, pidiéndole á Dios en sus oraciones mercedes para sus hermanos, y legándoles riquezas literarias para su aprovechamiento y el de las generaciones venideras.

En Francia como en Italia, en Inglaterra como en España, las órdenes monásticas han sido otras tantas lumbreras del humano saber; justo es por tanto que la Historia lo reconozca.

Ellas influyeron en la regeneración social del mundo: ellas fueron las que desplegando todos los recursos de su poder resistieron en los primeros siglos los violentos embates de las razas bárbaras, venidas de las selvas á aniquilar la civilización de los dioses y de las Sibilas, oponiendo á las armas destructoras de los vencedores la santidad y la virtud de los vencidos: ellas fueron las que en la edad media avivaron y propagaron aquel ardor, aquel indefinible entusiasmo con que á la voz de Pedro el Ermitaño se lanzó la Europa entera sobre Oriente á conquistar el sepulcro de Cristo: ellas fueron las que, comprendiendo siempre las necesidades sociales, predicaron el Evangelio, y tomando el báculo fueron á redimir á los cristianos que habían peleado por su Religión y yacían en poder de los infieles, privados de su

patria y libertad: ellas fueron las que en el siglo XVI opusieron resistencia invencible á la revolución, proclamada por el fraile apóstata de Alemania: ellas fueron las que llevaron consuelo á los sitios de dolor, las que en los desiertos velaron para guiar al viajero perdido, las que en medio de las poblaciones enjugaron las lágrimas y socorrieron el hambre de los necesitados: ellas, en fin, fueron las que, obedeciendo al heroico impulso de la virtud, cruzaron los mares para llevar á pueblos remotos el conocimiento de la verdad cristiana, que rompe las cadenas de la esclavitud y proclama la fraternidad del género humano.

Al terminar aquí mi discurso, tengo que recomendarme de nuevo á la ilustrada benevolencia de la Academia. Reconozco que el importante asunto sometido á su consideración requería plenitud y profundidad de conocimientos de que carezco. Lo dicho me parece basta, sin embargo, para que por todos se reconozca la influencia que los institutos monásticos han ejercido en la civilización, la gran parte que les cabe en los progresos de la Historia, y cuán acreedores son á la gratitud general.— He dicho.— *Felipe Canga Argüelles.*

CONTESTACION

AL DISCURSO ANTERIOR,

leída en junta pública celebrada en la Real Academia de la Historia,

por

DON ANTONIO CAVANILLES,

académico de número.

SEÑORES: el individuo que acaba de dirigirme su voz tenía antiguos títulos á la consideración de la Academia. Hacia muchos años que era académico correspondiente, había prestado servicios á las letras y enriquecido nuestros archivos con documentos interesantes. Representaba á su distinguido padre, uno de los mas asiduos, mas celosos y mas doctos académicos, que supo conquistar un nombre ilustre en la hacienda y en la literatura. Y como si tantos títulos no fueran suficientes para entrar en este recinto, dispensó uno de los servicios mas importantes á las letras contribuyendo á conservar los restos de los archivos de los monasterios y conventos, que se custo-

dian hoy en la Academia y que fomentarán la ilustración pública.

Notable ha sido, señores, que el nuevo académico, que ha podido apreciar mejor que nadie las ventajas é inconvenientes de los institutos monásticos, nos haya recordado los servicios que prestaron á la sociedad, á las letras y á las ciencias. No ha entrado en su propósito considerarlos como creados por la Providencia para los altos fines de la santificación de los hombres. En este día, en este sitio y con esta ocasión, teniendo que hablar del mismo asunto, me limitaré al exámen de los beneficios que debió España á los institutos monásticos en los siglos medios y en el siglo décimo sésto, tanto bajo el aspecto social como bajo el aspecto literario. Magnífica tesis, que no puede encerrarse en un corto espacio sin reducir y achicar sus proporciones.

Para la primera época conviene que demos una rápida ojeada á una parte de aquellos tiempos, que por su oscuridad é importancia son hoy objeto preferente del estudio de los literatos. Había pasado la civilización romana; los godos fueron á su vez reemplazados por los sarracenos. Existía un pensamiento dominante, la guerra. Enmudecían las letras, y el entendimiento humano había retrogradado. El poder Real, débil, fraccionado, subdividido: la aristocracia, orgullosa y prepotente: la clase media, sin existencia fija: el pueblo, atado al terreno ó siguiendo la mesnada del señor. El idioma era informe, el papiro egipcio se había perdido y no se había inventado ó por lo menos introducido el papel de lino ni de algodón: los escasos códices estaban solo al alcance de los ricos. Hallábanse localizados los hombres á sus pueblos por una legislación que apenas salía del recinto de sus muros, y no existiendo la brújula ni la imprenta, no había quien dirigiese los rumbos de los mares ni los rumbos de la inteligencia.

Concluía una civilización para dar lugar á otra tan diversa de la antigua como de la presente; mas se iba operando lentamente un trabajo de reconstrucción social, y todos los rayos convergían á este foco. Y si la misma guerra civilizaba teniendo hombres de varios pueblos, de diversas costumbres, de distintas creencias, depositando la idea común que debía florecer más tarde, ¿no será lícito colocar

entre los elementos civilizadores á los institutos monásticos, que representaron la mansedumbre en épocas de fiereza, la ilustración en tiempos de ignorancia?

Cuando una institución nace espontánea en un país, es porque el país la necesita, ó por lo menos porque está dispuesto para recibirla; pues las ideas, á la manera de las plantas, no germinan cuando no está el suelo bien preparado para sustentarlas. Cuando los hechos están en armonía con el principio lógico de las ideas se generalizan en la opinión, se robustecen, viven. ¿Y negaremos que estaban los institutos monásticos en armonía con las necesidades sociales?

Ya hemos visto la anarquía feudal, la prepotencia de los señores, el abatimiento del pueblo. Pues bien: en esa época el espíritu religioso hizo florecer unos establecimientos en que desapareció la diferencia de clases, que igualaron al señor con el siervo, al rico con el pobre, y que confundían al noble y al pechero cuando los cubrían con el sayal ó la cogulla.

En medio de un mundo aristocrático había una necesidad social de que existiese un elemento democrático; y si el estado llano pudo librarse del yugo de los señores, si pudo tener existencia política, consideración social é influencia legítima, se debió á las órdenes monásticas, que entraron por mucho en los elementos de civilización de aquellos siglos. Predicaban la igualdad haciendo ver con el Evangelio que todos los hombres son hijos de un padre, miembros de una familia, sucesores de una herencia. Profesaban la igualdad en su acepción mas genuina, y hacían aplicación práctica del principio á su gobierno interior eligiendo de la manera mas popular y democrática sus prelados y gefes.

Los hombres que habían labrado la tierra, que habían agrupado á su alrededor una población nueva, que habían llenado el desierto de colonos, que dispensaban á los pobres pan, á los enfermos salud, bien merecían el respeto y el amor de los pueblos. A los templos acudía el esclavo fugitivo de su señor; al pié de los altares se hacían las manumisiones; ante los monjes se otorgaban los contratos que se custodiaban en sus archivos; y en la lucha eterna entre los pobres y los ricos siempre estaban los monjes al lado del menesteroso como

representantes de una Religión en que son bienaventurados los que lloran.

Era necesario abatir el elemento aristocrático fuerte, por su poder y su riqueza, y vemos fuertes y ricos á muchos de estos centros con sus vasallos y sus siervos; y vemos apeteer mas el vasallaje del monasterio que el de los señores, prefiriendo al régimen feudal el régimen de los monjes. Ocupaban estos un lugar distinguido, ya en los concilios y asambleas nacionales, ya en los consejos de los príncipes; eran influyentes, porque siempre el espíritu manda á la materia y la ciencia á la ignorancia; pero su influencia, como la de todo el sacerdocio, sirvió para dulcificar la suerte de la humanidad. Conservaban la pureza de la fé en medio del judaísmo, entonces tolerado, y del mahometismo aborrecido; y bastará recordar la *tregua de Dios* para ver cuántas dificultades habria que vencer para apagar los rencores, extinguir los odios y desarmar las venganzas.

La caridad es muy fecunda, muy ingeniosa. Así vemos que para cada necesidad social nacia un nuevo instituto. ¿Había que librar de bandidos el camino del Santo Sepulcro y facilitar el peregrinaje á Jerusalem? Nace en el siglo XII el orden del Temple. ¿Invaden los moros el territorio castellano ganado con tanta sangre? Para defender á Calatrava había en el mismo siglo monjes del Cister y surgía el pensamiento de las órdenes militares. ¿Las potencias berberiscas apresaban en los mares y talaban en sus rebatos y algaradas la costas cautivando los habitantes? Pues en este siglo y el siguiente nacieron las dos órdenes redentoras, que tantos servicios prestaron á la humanidad. Donde se necesitaba un auxilio, nacia un instituto; y el peregrino, y el enfermo, y el huérfano, abandonados de la sociedad, encontraron un albergue, un médico, un padre.

Negar que estos institutos satisfacían las necesidades de la época, que contribuyeron á la civilización y á la cultura, y que bajo el aspecto social y humanitario prestaron eminentes servicios á la sociedad, sería negar la evidencia; y con justicia se los considera como elementos de civilización, siquiera se los despoje de la parte religiosa, siquiera se los mire solamente bajo el aspecto filosófico.

Empero el mundo que les debió la libertad

los debió también la ciencia. ¿A qué estaba reducida la ciencia en aquellos siglos? ¿qué se sabía? ¿quién lo sabía? ¿cómo se propagaba? Hé aquí señores, cuestiones que merecían por su importancia una discusión especial, pero que no puedo tratar conociendo la índole de mi discurso y la necesidad de ser breve.

En filosofía aun no habíamos debido á los árabes las obras de Aristóteles; en legislación eran tan desconocidas las Pandectas, que se atribuyó su reaparición á un hallazgo; en literatura estaban casi olvidadas las lenguas de Grecia y Lacio. Las ciencias matemáticas, la física, la química eran mundos que aun no se habían descubierto; las artes no empezaron á alborear hasta despues de las últimas cruzadas.

Había que emigrar en busca de la ciencia: las escuelas de París y Bolonia brillaban en el conocimiento de lo que entonces se cultivaba, de los estudios eclesiásticos; y la fama de Pedro Lombardo en París y de Graciano en Bolonia se había derramado por las demas naciones y había atraído discípulos de todos los países. Allí brillaron distinguidos monjes españoles que volvieron á su patria, y á ejemplo de aquellas escuelas se crearon las universidades de Salamanca en 1200, de Alcalá en 1293, de Lérida en 1300, de Valladolid en 1346.

Dado el impulso á las ideas, su estension y su perfección son obra del tiempo. El entendimiento humano, destello del Criador, no conoce límites; cuando empieza á caminar cede á la fuerza que le impele, crece con las dificultades, supera todos los obstáculos, y anhela nuevas tierras á donde dirigir sus pacíficas conquistas. Dese la antorcha del análisis; dese el espíritu de retraimiento y de estudio, y brillarán uno en pos de otro todos los ramos del saber.

Mas antes de empezar la obra es preciso allegar materiales, y este es el primer servicio literario que debe el mundo á los institutos monásticos. Sabemos que la iglesia de Jerusalem conservaba una copiosa biblioteca, que la de Hipona en Africa poseía una excelente colección de Códices, cuya custodia recomendaba San Agustín al tiempo de su muerte; y con estos ejemplos no es extraño que desde el principio comprendieran los monges su misión conservadora. En los claustros se refugiaron los pocos hombres que sabían escribir, y allí se hicieron esas copias que pueblan el mundo. Y

si se conservaron los clásicos griegos y latinos, y las obras de los Padres, y los concilios, es porque fueron librados por ellos de la devastación y de la ruina. Es cierto que muchos Códices de autores del siglo de Augusto sirvieron para que sobre ellos se escribiesen antifonarios y libros de coro; ¿y qué prueba esto, señores? la escepcion, no la regla; el error del individuo, no el de la clase. Y qué; no se ha abusado tambien por el contrario? Un testigo irrecusable, Mr. Guizot, nos dice que tambien fueron borradas las obras de San Agustín para escribir encima los versos de Horacio y de Virgilio.

Este argumento se ha reproducido bajo mil formas para combatir el hecho histórico mas averiguado que existe, á saber: que la Iglesia católica ha sido siempre amante de la ilustración y la ha fomentado en todos los ramos y en todos los tiempos. Plugo á la *Reforma* ponerlo en duda; mas en vano. La Iglesia resucitó las letras fundando gimnasios, elevó las ciencias, buscó en el seno de la tierra las obras de las artes, y para usar de las palabras de Mr. Audin en su célebre Historia de Leon X, «ofreció los muros de la Sixtina á los primeros pintores del orbe: construyó en Roma un palacio para los libros, otro para las estatuas, otro para los cuadros: buscó mas allá de los mares las obras de los escritores antiguos, y resucitó la lengua de David, y la de Homero, y la de Virgilio.»

Mas volvamos á nuestro propósito. Cumpliendo su mision conservadora, custodiaban los restos de la antigüedad griega y romana, y cediendo al impulso natural en el hombre, depositaban sus propias ideas. Los sucesos que pasaban á su vista iban á perderse para siempre, y cuidaron de dejarlos consignados. La Historia de las primitivas civilizaciones siempre es pobre y grosera: refiere hechos, no los comenta, no los ilustra. Asi, según el testimonio de Ciceron, se escribieron los primeros sucesos de la Historia griega. Cuando se perdieron las letras empezaron asi todas las Historias de los pueblos modernos, y asi debia empezar la nuestra. El entendimiento humano marcha siempre á la perfeccion; pero según la célebre espresion de madama Stael, no marcha de una vez hácia arriba, sino que da vueltas en espiral. Cuando admiramos las obras de Herodoto

y de Tucídides, de Jenofonte y de Polibio, no nos acordamos que aquellos antiguos fueron en su tiempo modernos, que otros les habian precedido, porque antes de la luz hubo el caos.

Nuestra Historia desde la pérdida de España hasta Alfonso el Sábio se halla en los Cronicones, escritos en su mayor parte por los únicos que tenían tiempo para escribir, por los únicos que tenían la buena fé y el candor necesario para escribir Historia. Son rudos, incompletos, informes; empero aquella rudeza fija los hechos con notable exactitud, y es la única guia de la época á que se refieren. Estos hechos desnudos y descarnados sirvieron luego para que sobre ellos lozanease la imaginación de los historiadores, que los revistieron de formas agradables, los ensancharon y envolvieron en las tinieblas de lo maravilloso: estos hechos, conservados además por la tradicion, alentaron la musa popular de España, que en sus cantares de gesta divinizó los héroes castellanos, é inflamó el espíritu de reconquista. Contribuyeron los Cronicones, los historiadores y los poetas á formar la entidad histórica, como la imprimación, el empaste y el colorido contribuyen á formar la totalidad de un cuadro.

Son rudos, es verdad; pero en medio de aquella rudeza y desnudez prefiere algunas veces el historiador filósofo su sencilla narración á los juicios formados por algunos escritores, que hacen el marco antes que el lienzo, que quieren colocar los sucesos en el lecho de Procusto, que sacrifican la verdad á una idea preexistente en su ánimo, que juzgan los tiempos antiguos por los actuales, sin atender á las diferentes condiciones de la vida de los pueblos, sin respirar la atmósfera de los siglos que describen.

Del mismo modo que sin los escritos de San Isidoro, Braulio é Ildefonso casi nada sabríamos de la España gótica, sin el cronicon de Isidoro Pacense, sin el de Albelda, el de Alonso el Magno ó del obispo D. Sebastian, sin el de Sampiro, Pelayo y el monje de Silos, sin el Iriense y los Anales compostelanos y algunos otros, se perderian las primeras y mas gloriosas centurias de la Historia nacional. Sin la crónica de los cuatro obispos no hubiera escrito el diligente Morales la última época de su Historia. Sandoval y Nicolás Antonio, Loaisa y Aguirre, Ferreras y Berganza, y Saez y Cis-

neros, Florez y Risco publicaron muchos de estos cronicones, verdaderas reliquias de la Historia, si bien se desea una edición esmerada y metódica, en que se cotejen con los originales; se ilustre, se esclarezca su cronología, se eliminen las infidelidades de manos posteriores, y se forme con ellos el primer libro de los sucesos de España, el que debe figurar á la cabeza de la crónica del rey Sábio y de las posteriores, formando uno de los mas ricos florones de la Historia nacional. Pues bien, señores, ya lo veis: la mayor parte de estos documentos se escribieron en el claustro; casi todos se conservaron en el claustro, y en su mayor parte han sido publicados por hombres de religion ó de orden.

Y no es solo en España donde no se puede dar un paso en la Historia sin acudir á los escritos de los monjes; lo mismo sucede en todos los países, y no citare á escritores católicos en abono de esta verdad. El célebre protestante Juan Marshan dice: *absque monachis nos sane in historia semper essemus pueri*: Tomás Tanner asegura que sin los monjes hubiesen emigrado las letras de Inglaterra. Mas á que citar autoridades, cuando si damos una ojeada á la Historia de Inglaterra, halláremos á Ingulfo, Beda y Guillermo de Malmesbury; si á la de Italia, vemos á Paulo Diacono y á Marston; si á la de Francia, á Adon, á Oderico de San Evroul y Flavigny; si á la de Alemania, á Reginon y Kitekund, y otros beneméritos escritores pertenecientes en su inmensa mayoría á los monasterios de sus respectivos países?

Mas no solo la Historia, sino los demas ramos del saber fueron cultivados por los solitarios. Olvidaremos á Berceo, monje de San Millan, tan célebre por sus poemas; olvidaremos que un monje ayudó en Toledo á la traslación del Koran del árabe al latin por orden del venerable Pedro, abad de Cluni; olvidaremos lo que les debe la agricultura; olvidaremos que fueron los maestros de la juventud, y que tanto á los conventos de España como á los de Italia acudia á oír lecciones y recibir ejemplos? Aun, señores, en las parroquias rurales de una parte de España se hallan las escuelas en el átrio del convento ó en el pórtico de la iglesia, cobijadas bajo un techo, manifestando el consorcio de la Religion y de

la ciencia, y haciendo ver que no hay verdadera ciencia donde no hay sólida piedad.

Concluyamos: en los siglos bárbaros los institutos monásticos prestaron eminentes servicios á la Religion y á las letras. —Permitidme, señores, que en los estrechos limites á que tengo que reducirme para no fatigar la atención de la Academia, haga solo indicaciones generales, cuyo desenvolvimiento exigiria un libro; indicaciones que, como los mijeros en los caminos, sirven para señalar la dirección y fijar la distancia. Empero dejadme al menos que cite en el siglo XII á San Bernardo y en el siglo XIII á Santo Tomás, dos grandes lumbreras de la Religion y de la ciencia. Hombrés eminentes, á quienes los doctos cuentan entre sus maestros, la humanidad entre sus bienhechores, la Religion entre sus Santos.

Si alborearon entonces las letras, fué en el claustro; si se enseñaba á la juventud, era en el claustro; si la arquitectura tenia ocupación digna, era elevando los conventos y las basílicas, empleándose en su adorno la pintura y la escultura. Cuando se quiera estudiar la historia de las artes en España, habrá que recorrer las desiertas ruinas de los monasterios.

Y si desde los tiempos que acabamos de considerar pasamos á las épocas del buen gusto, á los siglos de ilustración, veremos tambien cuán digno lugar ocupaban los institutos monásticos.

Generalmente, terminan los escritores la edad media en 1453 en la toma de Constantinopla, en la separación de Oriente y Occidente; otros estienden esta época hasta 1492 en que por la toma de Granada concluyó la dominación árabe en Europa. Mas el verdadero limite de las dos épocas, literariamente consideradas, debe tomarse de la invención de la imprenta, de ese descubrimiento que mudó la faz del mundo. Arda en buen hora la biblioteca de Alejandria; las obras reproducidas por la imprenta no se limitan á una localidad: el mundo podrá caer en el error; pero no podrá volver á sumirse en la barbarie.

¿Se creará acaso que los monjes tratarian de oponerse á este descubrimiento, de impedir el acceso de la ciencia, de crear obstáculos á la idea impresa? No, señores; la imprenta naciente se acogió á la Iglesia y tuvo su